



cia, en Inglaterra y en los reinos escandinavos, en los Estados cristianos de España, Polonia y Hungría. En todas partes había sido proscrita la simonía, y la Iglesia había recobrado su libertad. La barbarie que se dejó sentir en Europa durante los siglos X y XI tocaba á su fin.

El emperador volvió á Alemania, donde los príncipes habían dado la corona á Hermann, conde de Luxemburgo; pero la muerte del papa Gregorio VII produjo el desaliento entre los enemigos de Enrique IV, y éste vió restablecida su autoridad en toda Alemania despues de la abdicacion de Hermann. Sin embargo, el papa Urbano II prosiguió con energía los proyectos de Gregorio VII, y renovó la excomunion contra el emperador, que se trasladó á Italia al frente de un ejército. La resistencia que encontró en la Lombardía y la defeccion de su hijo primogénito Conrado, que se proclamó rey de los lombardos, le obligaron á salir de este país. Sin embargo, triunfó de todos sus enemigos despues de muerto Conrado; y cuando meditaba vengarse del papa Pascual II, sucesor de Urbano II, una sublevacion promovida por su hijo Enrique le arrojó del trono. Este jóven príncipe se apoderó del descontento que había provocado en Alemania la larga lucha que sostuvo su padre contra la Iglesia; una dieta general reunida en Maguncia arrancó la abdicacion á Enrique IV. El tirano murió cuando se disponia á recobrar la corona; su reinado duró cincuenta años, y fué una serie continuada de crímenes y maldades. Solamente la energía de los soberanos pontífices pudo romper el yugo que este emperador hacia pesar sobre el imperio y la Iglesia.

Enrique V prometió al principio de su reinado al papa Pascual renunciar á las investiduras eclesiásticas y no tolerar más la simonía. Pero muerto su padre, no hizo caso de esta promesa, y á las quejas que le dirigia el soberano pontífice, respondia que iria á Roma y terminaria las diferencias amistosamente. Restablecida la tranquilidad en Alemania, Enrique V pasó los Alpes, encontrando viva resistencia en la Lombardía, donde las grandes ciudades se habían emancipado de toda auto-

ridad, y dado instituciones comunales libres. Enrique comprendió que no podia someterles á su autoridad si no arreglaba ántes la cuestion de las investiduras. Una vez en Roma, consiguió por medio de la astucia y de violencias, arrancar al papa Pascual II un convenio en el que se concedia al emperador el nombramiento de todas las dignidades eclesiásticas del imperio. El papa, que se había comprometido además á no pronunciar la excomunion contra Enrique V, le coronó emperador.

Pero la causa de la libertad de la Iglesia contaba ya numerosos y enérgicos defensores. Un concilio reunido en Roma anuló el convenio despues que el papa mismo hubo reconocido que había faltado en aquella circunstancia, y otro concilio reunido en Viena en el Delfinado, y presidido por el arzobispo Guido (Gui), excomulgó al emperador. La guerra de las investiduras estalló nuevamente; el emperador fué segunda vez á Roma, obligó al papa Gelasio II, sucesor de Pascual II, á buscar un asilo en Francia, y eligió un antipapa, que tomó el nombre de Gregorio VIII. Sin embargo, los desórdenes que arruinaban la Alemania, donde los sajones habían vuelto á tomar las armas, y la energía del papa Calixto II, sucesor de Gelasio II, hicieron ceder al fin al emperador. Celebró con el papa el célebre concordato de Worms, confirmado por el noveno concilio ecuménico reunido en Roma, y en el cual se sancionó de nuevo la libertad de las elecciones eclesiásticas; además se estipuló que los que hubieran sido elegidos canónicamente recibirían de manos del emperador la investidura de los feudos imperiales, despues de su consagracion, si pertenecian á los reinos de Borgoña é Italia, y ántes de su consagracion, si habitaban en Alemania. Toda disputa relativa á una eleccion, debía decidirla el emperador conforme al juicio del senado provincial. El emperador Enrique V murió algunos años despues extinguiéndose en él la casa de Franconia.

Á la extincion de la casa de Franconia, que ocupó el trono de Alemania un siglo, los príncipes y los señores, eclesiásticos y legos, se



reunieron en asamblea electoral en la gran llanura entre Maguncia y Worms; el número de los electores pasaba de sesenta mil. Tres príncipes se la propusieron para que eligiera: Federico de Hohenstaufen, duque de Suabia y sobrino del emperador Enrique V; Lotario, duque de Sajonia, y Leopoldo, margrave de Austria. Lotario fué elegido casi por unanimidad de votos. Federico y su hermano Conrado, duque de Franconia, se negaron á prestar homenaje al nuevo rey, que se vió precisado á declararles la guerra. Lotario solicitó entónces y obtuvo la alianza del duque Enrique Welf de Baviera, dándole en matrimonio á su única hija Gertrudis y la investidura del ducado de Sajonia. La casa de Welf (Güelfo), se hizo con tal motivo rival de la de Hohenstaufen ó Weibling (Gibelino), cuya rivalidad dió origen á los dos partidos políticos de los güelfos y gibelinos, que tan importante papel desempeñaron en la edad media. Los hermanos Hohenstaufen fueron sometidos por Lotario despues de nueve años de guerra.

Lotario hizo una primera expedicion á Italia, cediendo á las instancias del papa Inocencio II, á quien un bando de la nobleza romana le había obligado á salir de Roma y refugiarse en Francia. Pero no habiendo podido reunir un ejército bastante numeroso, con motivo de la guerra que arruinaba á Alemania, no consiguió restablecer su autoridad en Italia. Mejor éxito tuvo en la segunda expedicion; entónces recibió la corona lombarda en Milan, y obligó á los romanos á someterse al papa Inocencio II. Á su vuelta murió en la ciudad de Trento en el Tirol, sin dejar sucesion. Lotario había dado en feudo al conde Alberto de Ascania el margraviato de la Sajonia del N., siendo ésta la base de la grandeza de la casa de Brandenburgo, cuyo nombre adoptó Alberto algunos años más tarde; este último príncipe fundó la ciudad de Berlin y la eligió para su residencia.

Á la muerte de Lotario estalló la rivalidad entre los Welf y Hohenstaufen. Enrique, apellidado el Soberbio, duque de Baviera y de Sajonia, y jefe de la casa de Welf, aspiraba á la corona; pero los partidarios de la casa de Hohenstaufen, sin esperar la reunion de la asam-

blea electoral convocada por el canciller del imperio, el arzobispo de Maguncia, se reunieron en Coblentza y eligieron al duque Conrado de Franconia, hermano de Federico de Suabia.

Esta eleccion irregular sirvió de pretexto á Enrique el Soberbio para negar el homenaje á Conrado; éste, por su parte, declaró que era contrario á las costumbres del imperio que un vasallo de la corona poseyera dos ducados á la vez. Habiendo tomado las armas Enrique, Conrado le depuso de todas sus dignidades, y dió el ducado de Sajonia á Alberto de Brandenburgo, y la Baviera al margrave Leopoldo de Austria. Sin embargo, Enrique el Soberbio conservó por la fuerza de las armas la posesion de sus ducados, y la sentencia no se ejecutó hasta despues de su muerte. No obstante, los sajones rehusaron someterse á Alberto de Brandenburgo, y defendieron con buen éxito los derechos de Enrique el Leon, hijo menor de Enrique el Soberbio, á quien Conrado decidió al fin á dejar el ducado de Sajonia, bajo la condicion de renunciar todas sus pretensiones sobre Baviera. Para recompensar á Alberto, se elevó el Brandenburgo al rango de feudo inmediato de la corona. Esta guerra impidió á Conrado trasladarse á Italia para recibir la diadema imperial. La toma de Edesa y la poderosa voz de San Bernardo le decidieron á empendar una cruzada. Á su vuelta se reprodujeron las cuestiones sobre el ducado de Baviera. Los bávaros no querian reconocer como duque al margrave de Austria, y Enrique el Leon, llegado que hubo á la mayor edad, reclamó tambien este ducado. Conrado murió sin poder terminar este asunto. Como no tenía hijos, propuso para sucederle á su sobrino Federico, duque de Suabia, que fué elegido por la dieta de Francfort.

El reinado de Federico I, á quien los italianos apellidaron Barbaroja por el color de su barba, constituye el período más brillante de la historia del imperio germánico, cuya extension y poderío llegó á su apogeo bajo el gobierno de este príncipe. Se distinguia este grande emperador por la firmeza y energía de su carácter, por sus profundos conocimientos y sus virtudes privadas.



Engañado por sus consejeros, se manifestó algunas veces duro y cruel; pero tenía bastante grandeza de alma para corregirse cuando reconocía su error. Federico puso término inmediatamente á las disputas sobre el ducado de Baviera, cediéndoselo á Enrique el Leon, duque de Sajonia, y elevando á la categoría de feudo inmediato de la corona al margraviato de Austria. La casa de Welf recobró de este modo su poderío en Alemania. Despues, Federico se restituyó á Italia, con el fin de restablecer su autoridad en la Lombardia y de apaciguar los desórdenes que agitaban á Roma. Las ciudades lombardas se sometieron, excepto Milan, que ofreció una gruesa suma de dinero por obtener la confirmacion de sus fueros. Federico rechazó este ofrecimiento y marchó sobre Roma, donde las declamaciones de Arnolfo de Brescia produjeron una revolucion que proclamó la república. Entró en la ciudad á viva fuerza, dió muerte á Arnolfo y las demas jefes revolucionarios, y restableció la autoridad del papa Adriano IV, que le confirió la diadema imperial.

El matrimonio de Federico con Beatriz, hija única del conde de Arles Rainulfo, le proporcionó ocasion al emperador para arreglar los asuntos interiores del antiguo reino de Borgoña; formó de una parte de este reino el Franco Condado, y dividió los demas feudos imperiales entre los señores eclesiásticos y legos del reino. Á consecuencia de una expedicion afortunada contra Polonia, obligó al gran duque Boleslao IV á recibir de él la investidura de su ducado. Concedió el título de rey al duque Wladislao de Bohemia, y sometió á su soberanía al rey de Dinamarca Waldemar I. El rey de Hungría Geisa III nombró á Federico árbitro de las diferencias que existian entre él y su hermano Estéban. Enrique III, rey de Inglaterra, dió al emperador en las cartas que le dirigió el título de soberano y supremo señor del Occidente cristiano. Federico creyó entónces que era llegado el momento de castigar á los milaneses y restablecer su autoridad en Italia; pero sucumbió en la lucha, porque habia traspasado los límites del derecho y de la justicia.

Federico I pasó segunda vez los Alpes con un numeroso ejército, puso sitio á Milan y la obligó á capitular y á entregar trescientos rehenes. Despues convocó una dieta general en Roncaglia, á la que asistieron diputados de catorce ciudades lombardas. El emperador encargó á jurisperitos romanos que habia mandado venir de Bolonia la confeccion de una ley fundamental, en la que estaban determinados con toda claridad los derechos del imperio y los de las ciudades. Pero esta ley, obra de jurisperitos romanos, concedia al emperador el mismo poder absoluto sobre la Italia que ejercieron antiguamente los emperadores romanos. Todas las constituciones comunales de las ciudades lombardas fueron anuladas por esta ley, desapareciendo tambien por este acto la soberanía temporal de la silla romana. Las ciudades lombardas, á cuya cabeza se puso Milan, tomaron las armas con tal motivo, y el papa Adriano IV lanzó el anatema contra el emperador. Á la muerte de este pontífice, Federico se apresuró á reconocer á Víctor IV, á quien dos cardenales, de acuerdo con el partido imperial de Roma, habian elegido por oposicion al legítimo papa Alejandro III. El emperador, despues de haber sometido muchas ciudades lombardas, puso sitio á Milan; rendida la ciudad á los dos años, á pesar de su heroica resistencia, fué destruida en gran parte, y sus habitantes distribuidos en cuatro aldeas. La nueva ley fundamental se puso en vigor, y cada ciudad recibió un gobernador imperial con el título de podestá. Alejandro III buscó un asilo en Francia; muerto el antipapa Víctor IV, el emperador le reemplazó con otro usurpador, que tomó el nombre de Pascual III. Federico I triunfó de todos sus enemigos y llegó al apogeo de su poder.

El gobierno tiránico y arbitrario de Federico en Italia provocó muy pronto un descontento general. Los romanos echaron al antipapa y llamaron á Alejandro III; las ciudades lombardas se quejaron amargamente de sus podestás, y una armada griega enviada por el emperador Manuel, y apoyada por los venecianos, se apoderó de la ciudad de Ancona. Federico emprendió entónces una tercera expedicion á



Italia, echó á los griegos de Ancona, y puso sitio á Roma; pero una enfermedad contagiosa que se desarrolló en su ejército causóle tantos estragos, que tuvo que retirarse á la Lombardia. En vista de esto, las ciudades lombardas se sublevaron y formaron una liga formidable. Milan fué reconstruida, y los confederados eligieron por jefe al papa Alejandro III, y levantaron al pié de los Alpes una ciudad, á la que en honor suyo llamaron Alejandria. El emperador, que tuvo que huir de Italia, se vió precisado á pacificar la Alemania ántes de poder tomar venganza de los lombardos. El duque Enrique el Leon aumentó sus estados en perjuicio de los príncipes de Mecklemburgo y Pomerania, y se puso al frente de una liga compuesta de un gran número de señores eclesiásticos y legos. El emperador restableció la paz y obligó á Enrique á reconocer sus conquistas, disgustando así á su poderoso rival, que pronto halló ocasion de vengarse.

Despues de haber hecho reconocer como sucesor suyo á su primogénito Enrique, y dado el ducado de Suabia á su segundo hijo Federico, el emperador marchó contra los lombardos y atacó á Alejandria. Pero todos estos esfuerzos se estrellaron ante la fuerte posicion de esta ciudad y el valor de sus habitantes. Tuvo necesidad de traer nuevos refuerzos de Alemania, y entónces fué cuando el duque Enrique el Leon se negó á mandarle sus tropas. El emperador se decidió, sin embargo, á combatir; atacó á los lombardos con un pequeño ejército cerca de Legnano y sufrió una derrota tan completa, que hasta el mismo emperador estuvo á punto de perecer. Este desastre le obligó á Federico á entablar negociaciones con los lombardos y el papa Alejandro III, que dieron por resultado la paz de Venecia, confirmada ocho años despues por la Dieta general de Constanza. Las ciudades conservaron sus libertades comunales y sus constituciones, y al emperador se le reconoció el derecho de dar la investidura á los magistrados elegidos por los comunes y el de percibir un tributo anual. El emperador renunció el ejercicio de la soberanía en los Estados de la Iglesia y se reconcilió con el papa Alejandro III, que le levantó la excomunion.

Tal fué el fin de esta memorable lucha entre Federico I y las ciudades lombardas, lucha que duró cerca de veinte años.

El emperador volvió entónces á Alemania y citó á Enrique el Leon ante el tribunal de los príncipes para que diera cuenta de su desobediencia; pero no habiendo comparecido fué destituido de sus feudos y desterrado del imperio. Enrique apeló á las armas; pero vencido en todas partes tuvo que implorar la gracia del emperador, que le dejó sus bienes alodiales situados en el Brunswick, bajo la condicion de vivir fuera del imperio por espacio de siete años, como en efecto lo verificó, trasladándose á Inglaterra. Los dos ducados de Sajonia y de Baviera, reducidos á la mitad de su extension, se dieron el primero á Bernardo, segundo hijo de Alberto de Brandenburgo, y el segundo al conde bávaro Oton de Wiktelsbach; otros señores eclesiásticos y legos recibieron á título de feudos imperiales los territorios de que habian sido despojados, y muchas ciudades fueron declaradas imperiales. Esta division política de Alemania debilitó el poder de la casa de Hohenstaufen. El emperador celebró el restablecimiento de la paz con una magnífica fiesta en Maguncia. Poco tiempo despues obtuvo para su hijo primogénito Enrique la mano de la princesa Constanza, heredera del trono de Nápoles y Sicilia; pero este matrimonio, celebrado en Milan, debia traer fatales consecuencias para la casa de Hohenstaufen. Cuando Federico se prometia pasar el resto de su vida en una perfecta tranquilidad, la toma de Jerusalem por Saladino puso en cuidado á toda la Europa. El emperador se cruzó, á pesar de su avanzada edad, y se trasladó al Oriente al frente de un ejército numeroso y experimentado. Llegó victorioso hasta la Cilicia; pero murió en el Calicadno por querer atravesarle á caballo y á nado. Su muerte fué una verdadera desgracia para el imperio germánico.

Enrique VI, hijo y sucesor de Federico I, era de carácter cruel y pérfido. La muerte del rey Guillermo III de Nápoles le hizo marchar á Italia para tomar posesion de este reino, en el que un partido poderoso de señores habia proclamado á Tancredo de Lecce, pariente de



Guillermo. A la muerte de este último, el emperador consiguió la corona de Nápoles, prometiendo dejar el condado de Lecce a Guillermo, segundo hijo de Tancredo; pero más tarde mandó dar muerte a este príncipe y castigó con demasiada crueldad a la nobleza de Nápoles y Sicilia, a quien acusaba de conspirar contra su vida. Las ciudades lombardas, temiendo nuevas violencias de parte del emperador, renovaron su antigua liga y tomaron desde entonces el nombre de ciudades guelfas, en tanto que Pavia, Pisa y Génova, que se habían declarado por el emperador, se llamaron ciudades gibelinas. Después de haber dejado asegurada la posesión del trono de Nápoles y de Sicilia, Enrique IV volvió a Alemania y proyectó hacer hereditaria la corona en su familia; pero fracasó por la oposición de los príncipes eclesiásticos y del Soberano Pontífice. El descontento de los napolitanos obligó a Enrique a trasladarse nuevamente a Italia, donde murió súbitamente en la flor de la edad cuando perseguía cruelmente a los sospechosos; dejando solamente un hijo, Federico, de dos años de edad. A su muerte hubo grandes cambios en el imperio.

La conquista de Inglaterra por el duque Guillermo de Normandía, vasallo del rey de Francia, suscitó entre los soberanos de los dos países una rivalidad, que pronto se convirtió en una lucha abierta. La dependencia que tenía el rey de Inglaterra como duque de Normandía de su soberano el rey de Francia, ocasionó frecuentes conflictos y guerras que duraron casi sin interrupción hasta fines del siglo V. Los ingleses llevaron la mejor parte en esta guerra hasta la muerte de Ricardo, Corazón de León, desde el momento en que Enrique II adquirió por su matrimonio con Leonor de Poitou todas las provincias occidentales de la Francia desde las fronteras de la Flandes hasta los Pirineos.

Guillermo se coronó en Londres y recibió juramento de fidelidad de la nobleza. Confirió a los señores normandos los feudos de los que habían muerto en la guerra o rehusaban someterse. Una conspiración tramada contra él por la antigua nobleza dió lugar a numerosas

confiscaciones, que sirvieron para enriquecer a la nobleza normanda y adquirir una influencia de cada día más preponderante. La corte adoptó la lengua francesa como lengua oficial, y el elemento francés penetró en la nación inglesa. Guillermo obligó al rey de Escocia Malcolm a reconocer su autoridad, y declaró la guerra al rey de Francia Felipe I para castigarle por haber defendido al príncipe Roberto, que reclamaba de su padre la investidura de la Normandía. Guillermo murió durante esta guerra, después de estipular que de sus tres hijos, el mayor, Roberto, heredaría el ducado de Normandía, y el segundo, Guillermo, ocuparía el trono de Inglaterra; Enrique, el tercero, recibió un fantado.

Las disposiciones tomadas por Guillermo el Conquistador respecto de la sucesión, disgustaron a sus tres hijos: la guerra estalló inmediatamente y terminó por un tratado de sucesión entre Guillermo II, que conservó el trono de Inglaterra, y su hermano Roberto, que se conformó con la Normandía; este tratado, contra el cual protestó en vano Enrique, estipulaba que el que sobreviviera sucedería al que muriera sin dejar hijos. Para poder tomar parte en la primera cruzada, el duque Roberto cedió la Normandía a Guillermo, mediante una gran cantidad de dinero. Guillermo el Rojo se hizo odioso por su gobierno despótico y por la persecución de San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, que defendía con energía los derechos de la Iglesia: fué muerto en una cacería por una mano desconocida, antes que volviera su hermano Roberto. Enrique se aprovechó de esta última circunstancia para apoderarse del trono, y le conservó a pesar de las reclamaciones de su hermano Roberto, que pedía la ejecución del tratado de sucesión hecho con Guillermo II. Roberto tuvo la desgracia de caer en poder de su hermano, que le encerró en una prisión, muriendo en ella a los veintiocho años de cautividad. La Normandía y todos los otros feudos franceses fueron agregados nuevamente a la corona de Inglaterra.

Enrique procuró al principio ganarse el afecto de los señores eclesiásticos y legos, confirmando solemnemente sus privilegios en



una carta publicada al efecto, y otorgando por otra segunda las libertades comunales a los habitantes de Londres. Pero después que triunfó de su hermano Roberto, violó abiertamente los derechos de la Iglesia y se hizo culpable de simonía. San Anselmo de Cantorbery se opuso a sus violencias y tuvo que abandonar a Inglaterra. Sin embargo, debido a la energía y firmeza del papa Pascual II, el rey hizo un convenio con el arzobispo en el convento de Bec, en Normandía, por el cual se obligaba a reconocer la libertad de la Iglesia. Declaró la guerra al rey de Francia Luis VI, que había dado la investidura de la Normandía a Guillermo Cliton, hijo de Roberto; conservó su dominio sobre la Normandía y obtuvo del rey de Francia la investidura de este ducado. Los bretones del país de Gales defendieron victoriosamente su independencia contra Enrique. Este príncipe dejó una sola hija, llamada Matilde, a quien destinaba para el trono de Inglaterra. Estuvo casada primero con el emperador Enrique V, y después de muerto este príncipe, contrajo segundas nupcias con el conde Godofredo de Anjou.

Estéban, sobrino de Enrique y segundo hijo del conde de Blois, fué proclamado rey por los señores a la muerte de su tío. Pero Matilde, que estaba entonces en Francia, invadió la Normandía con un ejército, en tanto que se declaraba por ella el rey David de Escocia. Estéban, viendo en peligro su trono, aumentó los privilegios de los señores, y con los recursos que éstos le proporcionaron, consiguió vencer a los escoceses en la batalla del Estandarte. Los normandos echaron a Matilde y se sometieron a Estéban: pero cuando después quiso restringir los privilegios concedidos a la nobleza inglesa, ésta se sublevó, llamó a Matilde, que llegó a Inglaterra, y Estéban fué hecho prisionero. Puesto en libertad poco después, continuó la guerra, que terminó con un tratado en que Estéban reconocía como sucesor suyo a Enrique, hijo de Matilde. Estéban murió al año siguiente, y Enrique II, conde de Anjou, ocupó el trono de Inglaterra.

La debilidad de carácter y las costumbres relajadas de Felipe I dieron por resultado de-

bilitar el poder real. Los desórdenes del ducado de Francia, la única y sola comarca en que todavía era reconocida la autoridad del rey, decidieron a Felipe a asociar al trono a su hijo Luis VI y a retirarse a su monasterio, donde murió cuatro años después.

El joven príncipe, tan notable por su valor como por su prudencia, no encontró en el ducado de Francia más que *seis ciudades* que respetaran su autoridad; pero apoyado por los habitantes de las ciudades que en toda la Francia habían conseguido las *franquicias comunales*, y auxiliado por sus vasallos eclesiásticos, venció a los señores del ducado de Francia y les obligó a someterse. Otra circunstancia le favoreció también en la guerra contra la nobleza: tal fué el haberse cruzado un gran número de señores franceses. Luis VI fundó de esta manera la *monarquía en Francia*, por más que sus esfuerzos por hacer respetar su autoridad fuera del ducado no siempre dieron buen resultado, porque no consiguió sostener a Guillermo Cliton en la Normandía, y tuvo necesidad de dar a este príncipe la investidura del *condado de Flandes*, que él ofreció después a Thierry de Alsacia. Luis VI vió realizado, antes de morir, el matrimonio de su hijo Luis con Leonor de Poitou, heredera del duque Guillermo de Aquitania, cuyo matrimonio preparó el restablecimiento de la autoridad real en el mediodía de Francia. Luis VI tuvo por consejero al abad Suger de San Dionisio, a quien confió la educación de su hijo. Este eminente hombre de Estado tomó una parte muy importante en la transformación política de la Francia.

Luis VII tenía seis años cuando ocupó el trono, pero depositó toda su confianza en el abad Suger, hombre capaz de continuar la grande obra empezada por Luis VI, es decir, la consolidación de la monarquía. Su matrimonio con Leonor de Poitou contribuyó a dar fuerza a la autoridad real y a extenderla sobre una gran parte del mediodía de la Francia. La guerra de sucesión de Inglaterra entre Estéban de Blois y Matilde dió motivo a Luis VII para hacer valer sus derechos de soberano de Normandía; confirió este ducado a Godofredo de